

23 Dec. 75
17259

EL TEATRO CONTEMPORÁNEO.

PEDRO JIMENEZ.

JUGUETE CÓMICO

EN UN ACTO Y EN PROSA,

ORIGINAL DE

DON ENRIQUE G. BEDMAR.

J. M. M.

MADRID.

**IMPRESA DE JOSÉ RODRIGUEZ—CALVARIO, 18.
1875.**

2005

PEDRO JIMENEZ.

José Rodríguez
[Signature]

LV-6

PEDRO JIMENEZ.

JUQUETE CÓMICO

EN UN ACTO Y EN PROSA,

ORIGINAL DE

DON ENRIQUE G. BEDMAR.

Estrenada con aplauso en el Teatro de ESLAVA la noche del
13 de Octubre de 1875.

MADRID.

IMPRESA DE JOSÉ RODRIGUEZ.— CALVARIO, 18.
1875.

PERSONAJES.

ACTORES.

PURA.....	SRA. DOÑA MATILDE ROS.
CLARA.....	ELISA ROSAS.
PEDRO JIMENEZ.....	Sr. D. JOSÉ MESEJO.
DON DOMINGO.....	FRANCISCO PELUZO.

La propiedad de esta obra pertenece á D. José María Moles, y nadie podrá sin su permiso reimprimirla ni representarla en España y sus posesiones, ni en los países con que haya ó se celebren en adelante contratos internacionales.

El autor se reserva el derecho de traducción.

Los corresponsales de la Galeria dramática titulada *El Teatro Contemporáneo*, que administra D. Eduardo Hidalgo, son los encargados exclusivos de la venta de ejemplares y del cobro de derechos de representación en todos los puntos.

Queda hecho el depósito que exige la ley.

Reg. p.º 278 lib.º 2.º

ACTO ÚNICO.

Comedor en la casa de D. Domingo. Puerta al fondo y otra más pequeña á la derecha: esta puerta es de una despensa, y tiene la llave puesta. Entre ambas puertas un aparador con los utensilios consiguientes. En el centro de la estancia una mesa comedor con mantel y restos de una comida. Dos puertas laterales á la derecha y otras dos á la izquierda. Es de noche. Al levantarse el telon está Clara quitando los manteles y demás.

ESCENA PRIMERA.

CLARA.

Veremos si esta noche, así que todo se sosiegue, tengo tiempo de bajar á la tienda para que el chico escriba en mi nombre cuatro letras á mi novio. Pobrecillo!... Como está en el Norte Dios sabe si á estas horas... Pero el mostrenco del lacayo nuevo nunca viene á ayudarme á estas faenas; y eso que la señorita se lo tiene dicho. Perico!... Pedro!... (Llamando.) Nada, no responde nunca. Es algo arrimado á la cola. Como está recién venido de su tierra... Pero no es mal parecido, y en cuanto se despabile...

ESCENA II.

CLARA, PEDRO por el foro.

PEDRO. Llamóme?

CLARA. Sí, hombre, sí. Jamás por muy ocupada que una esté se te ocurre echar una mano.

PEDRO. Echarte manu? Haríalo de buena gana; peru...

CLARA. Hola! hola! Conque tambien malicioso y amigo de *re-trónicas*?

PEDRO. Es que eres una marusa, que hasta allí!

CLARA. Hasta dónde?

PEDRO. Hasta el cielu.

CLARA. Pues ni llego tan alto ni soy marusa; soy sevillana.

PEDRO. Paisana de las aceitunas que me gustan más.

CLARA. Y tú, de dónde eres?

PEDRO. Jallego legítimo, del mismo Lujo.

CLARA. Yo había creído que eras gaditano.

PEDRO. Pues non lo soy.

CLARA. Como tienes así, cierta gracia y cierto acento...

PEDRO. Despeju natural.

CLARA. Hace mucho que viniste de tu tierra?

PEDRO. Mediu año.

CLARA. Y por qué te saliste de la casa donde estabas?

PEDRO. Echáronme por golosu. Pilláronme metiéndole manu á una fuente de natillas. No hubiera yo tomado un duro si me lo encontrase; pero hurtar para comer es otra cosa. Yo, en viendo confites ó muchachas, non puedo contenerme; como todo es dulce...

CLARA. Sabes que eres una alhaja?

PEDRO. Ya lo sé; y ahora que vamos teniendu confianza quiero que me informes qué tal es la casa en que servimos? Paréceme bien el amo, y la señoritu es guapa; ¡vaya si lo es! Pero paréceme que tiene mal genial y que es muy caprichosa.

CLARA. Pues yo, que me llamo Clara, soy muy clara.

PEDRO. Claro está!

- CLARA. Así es que te voy á informar en dos palabras. La casa es buena, se da buen trato, y se paga.
- PEDRO. Eso es lo prencipal.
- CLARA. El señorito y la señorita son de mi tierra, y están recién casados. Yo me he venido con ellos á Madrid, porque aquí estaba un artillero que me había *echado el gancho*; pero por *mor* de la guerra se me ha ido al Norte...
- PEDRO. Si hace falta un sustitutu...
- CLARA. Gracias. Pues como iba diciendo, mi señorito es de esos que hablan en las Córtes.
- PEDRO. Entónces *imprentor*.
- CLARA. No, disputao.
- PEDRO. Eso será.
- CLARA. Y con los ministros tiene mucha mano; y lo que él pide eso se hace; y ya tiene colocaos á más de diez de sus parientes; y á él yo no sé que le iban á dar que no lo quiso, porque hasta que sea ministro no para; y al ayuda de cámara que ántes tenía, que no sabía firmar, lo ha mandao de gobernador á las Canarias.
- PEDRO. ¡Canario! Pues á mí que sé algo de pluma, bien me puede hacer portero mayor de un menisterio! Y de qué color es el amo?
- CLARA. Toma! Pues no has visto que es moreno?
- PEDRO. Quiern decir, de qué partido?
- CLARA. Eso sí que no lo sé; aquí vienen muchos señores que le dan matraca con que si es *entre-nacional*, otros dicen que si es de los *demasdogos*; pero él siempre sostiene que no es más que liberal.
- PEDRO. Y la señorita?
- CLARA. La señorita es un alma de Dios; pero muy caprichosa, y á veces le dan unos anteojos tan ridículos, que ni aunqne estuviese... ¿estamos?
- PEDRO. Tú estarás... que yo no estoy en nada.
- CLARA. Hombre, qué torpe eres!
- PEDRO. Pues mira que tus explicaderas...
- CLARA. Á tí hay que darte las cosas con cucharon.
- PEDRO. Pues vengán aunqne sean con sartén!

CLARA. Silencio, que la señorita viene.

ESCENA III.

DICHOS, PURA, por la derecha.

- PURA. Qué haceis aquí?
CLARA. Pues nada...
PEDRO. Yo estábale ayudando...
CLARA. Habíamos venido para quitar la mesa entre los dos. Como usted me tiene dicho que cuando necesite á éste, me eche una mano...
PEDRO. Pues esu; se la eché...
PURA. Bien; pero como ya habeis concluido... Tú, Perico, puedes ir al recibimiento por si viene álguien. Ten presente que para nadie estoy visible. Oye, no. . mejor es que digas que recibo.
PEDRO. (Tan pronto que no como que sí! Si estará tocada!...) (Sale por el fondo.)

ESCENA IV.

PURA, CLARA.

- PURA. Se fué el señorito?
CLARA. Sí señora.
PURA. Sabes que he vuelto á tener otro deseo extravagante?
CLARA. De veras?
PURA. Sí, hija, sí.
CLARA. Con tal de que no sea alguna diablura como la de anteayer...
PURA. No: éste es un deseo tan realizable, como que lo vengo satisfaciendo hace tres dias; pero esta tarde se me ha concluido el género en que consistía mi capricho, y es fuerza á toda costa reponerlo.
CLARA. Bien; y qué género es ese?
PURA. Querrás creerlo?... Vino!
CLARA. Vino, cuando usted no lo prueba ni aun en las comidas?

- PURA. Pues ahí verás!...
- CLARA. Vamos! vamos! Cuando le digo á usted que las señas son mortales!...
- PURA. Eso mismo digo yo... yo creo que estoy loca...
- CLARA. Pero qué vino es ese que desea?
- PURA. Admirate!... Un vino muy conocido en nuestro país, y que yo había probado muchos veces sin que nunca me agradase: un vino llamado *Pedro Jimenez*.
- CLARA. Ah! sí! ya sé cuál es; y en verdad que á mí no me disgusta...
- PURA. Pues hija, hace unos dias que pasando por el establecimiento de vinos del cosechero Soria, vi en el escaparate unas botellas con el consabido nombre *Pedro Jimenez*. El deseo que en mí se despertó es imposible ponderarlo. Entro sin miramiento de ninguna clase; tomé dos botellas... no las destapo allí mismo y pruebo el vino por un resto de vergüenza que no sé cómo pude conservar; vuelvo á casa con una ligereza incomparable; no tengo calma ni aun para quitar el tapon á una botella; enciérrome en mi alcoba, le rompo el cuello á una y me pongo á beber en ella misma. ¡Oh! qué vino tan delicioso lo encontré! Desde entónces tengo las botellas debajo de mi cama, y paso las noches despertando de hora en hora para hacer en cada una, una nueva libacion. Á nadie le he comunicado mi secreto; como el avaro, á nadie he dicho dónde tengo mi tesoro. Por eso hace unos dias no permito que en mi alcoba se limpie el polvo ni se barra; por eso tengo la llave echada en ella y no dejo hacer la cama sin que lo presente yo.
- CLARA. Ahora caigo en el por qué de esas cosas que á todos nos chocaban tanto. Hasta el mismo señorito me preguntó que por qué era eso, y yo no supe qué responder.
- PURA. Pues no le digas nada. Á él ménos que á todos.
- CLARA. Pero por qué? Si el señorito no piensa más que en satisfacer todos los antojos que usted tenga.
- PURA. Bah! Tú no entiendes de estas cosas. Para comprender-

las es preciso ser tan nerviosa como yo; es necesario hallarse en las mismas circunstancias. Estás tú?

CLARA. ¡Yo?...

PURA. Desde el momento en que mis deseos no hallasen dificultades dejarían de serlo.

CLARA. Ya! Y qué hemos de hacer para que no se acueste usted esta noche sin tener ese vino tan apetecido?

PURA. Ya lo tengo todo calculado. Escucha bien mis instrucciones. Pero,.. calla! Oigo la voz del señorito. Sal de aquí. No le digas ni una palabra. Ya te enteraré despues de lo que hay que hacer. (Sale Clara por la segunda puerta lateral y entra D. Domingo por el foro.)

ESCENA V.

PURA, D. DOMINGO.

DOMINGO. Vuelvo á tu lado, mi querida Pura, porque no me encuentro bien más que contigo.

PURA. Pero, hombre, esta noche que no hay sesion en el Congreso, debieras haberla aprovechado para irte al teatro ó al café, ó para hablar con los amigos. Despues de tus tareas el ánimo necesita esparcimientos...

DOMINGO. Te pesa mi venida?

PURA. No es eso, Domingo, no es eso; y no empecemos con recriminaciones. Me dijiste que no volverías hasta tarde...

DOMINGO. Mira; tú que ántes eras tan dulce, tan cariñosa, tienes momentos, tú no lo conoces, pero yo lo observo todo, en que hasta te soy repulsivo.

PURA. Acabarás por hacerme creer que es cierto.

DOMINGO. No serías la primera señora á quien ya le ha sucedido eso. Es un fenómeno patológico que tiene su natural explicacion.

PURA. Eso de fenómeno no lo dirás por mí.

DOMINGO. Sí, hija, sí; pues por quién había de ser? ¡Ah! cuando pienso que dentro de algun tiempo!...

PURA. Si no me muero ántes. Estoy tan delicada!...

DOMINGO. No digas eso, mujer, no digas eso! ¡Cúidate! Haz ejercicio, no te prives de cosa alguna aunque cueste lo que cueste; cumple todos tus gustos, todos tus caprichos; ya sabes que soy rico, y que, aunque no lo fuese, sacaría un tesoro de las entrañas de la tierra para satisfacer el menor de tus deseos. Pero ya que los tengas, fijate en cosas que sean realizables. Mira que el caprichito del otro día...

PURA. Pues más raro ha sido el de esta noche. He tenido tales deseos de ir á la luna...

DOMINGO. Hija, por Dios!... Mira que yo no soy un Julio Verne.

PURA. Voy á mirarla un rato.

DOMINGO. Á quién?

PURA. Á la luna.

DOMINGO. Si es capricho...

PURA. Ya que no pueda ser lo otro, me contentaré con algo.

DOMINGO. Sí, hija, sí, anda y mírala. ¿Quieres que yo vaya contigo?... aun cuando á mí de nada me serviría tal vision.

PURA. Quiero mirarla yo solita.

DOMINGO. Pues hija, anda. (Sale Pura por la segunda puerta lateral derecha).

ESCENA VI.

D. DOMINGO.

Qué chica esta!... Es tan impresionable y tan nerviosa!... Si no fuese porque he visto tratados estos casos en algunas obras de medicina, no creería que podían llegar las extravagancias de su estado al punto en que las veo. Si no la amase tanto era cosa de aburrirme. ¡Ah! pero cuando pienso en la inefable dicha que el cielo me depara!... Cuando pienso en el ángel que ha de venir á sonreirme!..... Es un presente que me concede el cielo, aun cuando todavía no haya recibido ese presente!

ESCENA VII.

D. DOMINGO, PEDRO. Éste entra por el foro y trae una bandeja de dulces en una mano y un papel en la otra.

PEDRO. Aquí está ya el presente, señoritu... ¡Cómo se cunoce que mañana es el día de su santo!

DOMINGO. Ah, sí! Santo Domingo... ya no me acordaba.

PEDRO. (Buenu es que sepa que lu sé para que non excuse la propina.)

DOMINGO. Y de parte de quién viene ese presente?

PEDRO. Dijéronmelo, mas non me acuerdu; pero aquí lo dice en esta *tarja*.

DOMINGO. (Tomando la que hay en la bandeja.) Ah!... mi amigo Vargas: quiere que con mi influencia le saque un destino en Filipinas, y para que lo pida me endulza ántes la boca. Á nadie le amarga un dulce. Pon esa bandeja en el aparador. (Pedro lo hace, y desde aquel momento no deja de echar hambrientas miradas á los dulces, aunque procurando no ser visto.) Y ese papel, qué es?

PEDRO. Es el padron. Trajéronlo esta tarde y dijeron que pasarían mañana á recogerlo.

DOMINGO. Y por qué no me lo has dado ántes?

PEDRO. Olvidóseme, señor.

DOMINGO. Pues ya que está aquí lo llenaremos. Ahí en el aparador hay un tintero, dámelo. (Pedro se pone á contemplar los dulces en vez de buscar el tintero, y D. Domingo á leer el padron, hasta que viendo que tarda, dice:) Pero hombre, lo estás buscando entre los dulces?

PEDRO. ¡ Creí que me había dicho el señor que estaba aquí.

DOMINGO. En la tabla de arriba...

PEDRO. Así es verdad. (Llevando el tintero y volviendo á su juego anterior.)

DOMINGO. Cuántas preguntas inútiles, para que cada uno responda lo que quiera. Empecemos por los cabezas de familia. (Se pone á escribir.)

- PEDRO. (La boca se me hace agua. Mientras escribe non me ve.) (Se come un dulce.)
- DOMINGO. Pura tiene veintres años, pero le pondremos diez y nueve: si aquí estampase la verdad, y ella lo viera, no me lo perdonaría. Le quito cuatro años; ella se rebajará diez ó doce. Pasemos á los criados. De todos sé las circunstancias ménos de éste, que está recién entrado. Lo dejaremos para el último. (Escribe.)
- PEDRO. (Si me pierdu que me busquen en una confitería.) (Toma otros dulces con algunos intervalos.)
- DOMINGO. Oye, tú, cómo te llamas? (Esta vez le coge á Pedro con la boca llena, y queda paralizado y con el mayor embarazo. Por último tose, saca el pañuelo, se cubre casi toda la cara y sale por el fondo respondiéndole:)
- PEDRO. ¡Voy!
- DOMINGO. Pero dónde vas?
- PEDRO. Vuelvo!...
- DOMINGO. Qué habrá entendido ese gagnápiro? ¡Pedro!
- PEDRO. (Desde fuera.) Voy!
- DOMINGO. Si no te llama nadie! Ven aquí!
- PEDRO. (Entrando.) Creí que había dicho usted que llama ban.
- DOMINGO. No, hombre, no; que cómo te llamas.
- PEDRO. Llámome Pedro; lo de Perico es mote.
- DOMINGO. Hombre, mote no: es una derivacion.
- PEDRO. Eso será; una derrivacion.
- DOMINGO. Y qué apellidos?
- PEDRO. Pues... Pedro Jimenez.
- DOMINGO. Pero tendrás dos.
- PEDRO. Dos qué?...
- DOMINGO. Dos apellidos; el de tu padre y el de tu madre.
- PEDRO. Es que yo non tengo madre; soy hijo natural y de viudo.
- DOMINGO. No seas bárbaro!
- PEDRO. Ah, si señor, tengo que serlo!... Yo nunca digu una cosa por otra: llámome Pedro Jimenez á secas.
- DOMINGO. (Si se planta nadie lo sacará de ahí. Probemos de otro modo.) Bueno, hombre, bueno. Cuál es el nombre de

- tu padre?
- PEDRO. El mío.
- DOMINGO. Se llamará Pedro Jimenez?
- PEDRO. Justo.
- DOMINGO. Ah! Justo Jimenez?
- PEDRO. Non señor. Pedro!
- DOMINGO. Como respondistes Justo...
- PEDRO. Porque es justo.
- DOMINGO. Pero por Dios! En qué quedamos, Justo ó Pedro?
- PEDRO. Como quiera usted.
- DOMINGO. Hombre, yo qué he de querer!...
- PEDRO. Pues dije justo, como quien dice, «justo, eso es!»
- DOMINGO. Ah! Estos gallegos vuelven loco á cualquiera. ¿Y á tu madre, cómo la nombraban?
- PEDRO. De ningun modo.
- DOMINGO. Pues ya escampa!
- PEDRO. He dichu que soy hijo de padre solamente, y natural.
- DOMINGO. Ah! Quieres decir que tu padre?...
- PEDRO. Nunca conoció á mi madre.
- DOMINGO. Pues cómo naciste tú?
- PEDRO. Mi padre lo sabrá.
- DOMINGO. Es que todos tenemos padre y madre...
- PEDRO. Debe ser asi, pero tambien hay casus en contrario.
- DOMINGO. Curioso sería ese caso.
- PEDRO. Aquí estoy yo. Consta que soy hijo de mi padre, pero de mi madre, no:
- DOMINGO. No acabo de entender.
- PEDRO. Es muy sencillu. Llevóme mi padre á bautizar y me reconoció por hijo suyo, más nunca quiso decir de cuya madre era. Mi padre, aunque pobre, es tan caballero como yo. Llámome por eso Pedro Jimenez á secas.
- DOMINGO. Á secas? Bueno; pues *Asecas*: ese será tu segundo apellido. De dónde eres?
- PEDRO. De Lujo.
- DOMINGO. Es una patria muy lujosa. Y qué edad?
- PEDRO. Un duro, tres reales y pico...
- DOMINGO. Estos gallegos, hasta los años los convierten en mone-

das. Conque veintitres años?

PEDRO. Eso es.

DOMINGO. En qué día naciste y en qué parroquia te bautizaron?

PEDRO. Ah! Señor! Cómo quiere usted que me acuerde? Debía yo ser entónces *rapaciña*. Pero es igual; ponga usted lo que se le antoje.

DOMINGO. Pues mira, dices bien. (Escribiendo.) ¡Vaya usted á hacer estadísticas en España!... Vamos, ya está concluido. Cuando vengan por él, lo entregas.

ESCENA VIII.

DICHOS, CLARA por el fondo.

DOMINGO. Oye, Clara, guarda esa bandeja de dulces, ántes de que los vea la señorita: pudiera darle algun antojo, y á estas horas el dulce acaso le haría daño.

CLARA. Es la verdad; la voy á colocar en la despensa. (Lo hace y sale por la segunda puerta lateral derecha.)

DOMINGO. Si pregunta por mí la señorita, que estoy en mi despacho. (Sale por la primera puerta lateral derecha.)

ESCENA IX.

PEDRO.

Bien dice el refran: el demu las carga. ¡Pues no me dejan solu con lus dulces? ¡Qué tentacion!... Ni las de san Antoniu! Yo non resistu! Aunque me pillen como en la otra casa; podrán decir que soy golosu, pero ladron, eso sí que no! (Entra en la despensa y cierra tras sí la puerta.)

ESCENA X.

CLARA y PURA, entrando por la segunda puerta lateral derecha y situándose junto á la despensa.

CLARA. Pues sí señora, el señorito está entretenido en su despacho.

- PURA. Ahora, que no nos puede escuchar nadie, te acabaré de explicar mi plan. Ya te dije, que mi capricho por ese Pedro Jimenez no puede ser más decidido: si no lo consiguiese esta noche, enfermo de seguro; quizás me determinaría á ir yo misma á buscarlo.
- CLARA. Pues no faltaba más!... Una señora de su clase!...
- PURA. Es que lo anhelo con un ánsia ardiente, devoradora, inexplicable...
- CLARA. Sí, ya lo sé, ¿mas de qué modo?
- PURA. Es muy sencillo. Como que sale de tí, se lo confieras al lacayo... y para que no crea que es que yo tengo ese vicio, que siempre es feo, le explicas que es un antojo accidental, una manía... pero que despues de satisfecha ya no me volveré á acordar de semejante cosa.
- CLARA. Pues es verdad, eso es lo mejor; así puede usted tenerlo esta misma noche sin que se entere nadie.
- PURA. Traido que sea, no hay más que colocarlo debajo de mi cama, por la parte de la cabecera y al alcance de mi mano. Se entra ántes de que nos acostemos, que siempre es al dar las once, y ya una vez allí, lo demas corre de mi cuenta. El señorito se duerme en seguida y no despierta fácilmente. Toma la llave de mi alcoba, abre y la dejas puesta. Tú misma me colocas allí el Pedro Jimenez, y si tú no puedes que él lo haga... ¡Ah! dale este billete de venticinco duros... no tengo plata suelta. Para unas cuantas botellas creo que le sobra.
- CLARA. Y cuántas necesita usted para esta noche?
- PURA. Con una habría bastante.
- CLARA. Una es poco. En seguida se concluye.
- PURA. Pues bien; unas cuantas... las que él quiera.
- CLARA. No conviene tomar muchas de una vez, no sea que se avinagre.
- PURA. Justo, no sea que se tuerza.
- CLARA. He oido decir que el Pedro Jimenez es de poca resistencia.
- PURA. Ah!... por supuesto, le encargas la mayor reserva. Que á nadie le diga una palabra, y al señorito ménos.

- CLARA. Es claro.
PURA. Pues no pierdas tiempo. Yo entre tanto voy á entretener al señorito.
CLARA. Y yo á enterar bien al lacayo.
PURA. No te olvides de que es Pedro Jimenez: que no quiero otro ninguno aun cuando sea mejor.
CLARA. Qué he de olvidar? (Salen Clara por el fondo y Pura por la primera puerta lateral derecha.)

ESCENA XI.

PEDRO, saliendo de la despensa.

Por Santiaju mi patron que creo haber entrado en esta casa con buen pie! Yo soy el capricho de la señorita. Enamoróse de mí: bien claro lo dijo y no una sola vez. Pedro Jimenez por arriba, Pedro Jimenez por abajo; nada, que mi nombre no se caía de su boca. ¡Y que la señorita es fea!... ¡Ay! Periquete! (Pausa.) ¡Pobre don Domingo! Pero Señor! ¿será posible que un triste lacayu?... Mas non sería el primer caso de que hablan las historias. El romance de *Gerineldo* que el otro dia cantaba un ciego. «Las babuchas traigo en la mano por no ser del Sultan sentido.» (Cantando como los ciegos y por la música «Punto de la Habana.») Y luégo que yo no soy mal parecidu. (Atusándose el cabello y paseándose con petulancia.)

ESCENA XII.

DICHO y CLARA por el fondo.

- CLARA. Pero dónde estabas?
PEDRO. Pues aquí.
CLARA. Vas á desempeñar en encargo muy reservado.
PEDRO. Y tantu! (Con maliciosa sonrisa.)
CLARA. Por qué te ríes, camueso?... Atiende bien, que es cosa de la señorita.
PEDRO. Pues pur eso.
CLARA. Ha sentido un nuevo antojo.

- PEDRO. Ya lo sé... y hasta cierto punto es natural.
- CLARA. Que lo sabes? Te lo ha dicho ella misma?
- PEDRO. Non señora: la pobrecita me miraba, me miraba; pero non se habrá atrevido.
- CLARA. Puede ser, porque al fin en una señora es eso feo, y podía darte margen á pensar que lo tenía por hábito.
- PEDRO. Non soy mal pensadu.
- CLARA. Pues oye y entérate bien de lo que tienes que hacer, no vayas á cometer una torpeza.
- PEDRO. Si me querrás enseñar tú á mí... á ser listo?
- CLARA. No perdamos el tiempo en dimes y diretes.
- PEDRO. Pues para non perderlu, escúchame. Mientras tú y la señorita habeis estado hablando del negocio, yo estaba encerradu en la dispensa.
- CLARA. Ah!...
- PEDRO. Fui á meterle manu al dulce,—ya sabes mi aficion,— y como vinieron ustedes, no tuve más remedio que esperar á que se fueran.
- CLARA. Entónces has oido nuestras conversaciones?
- PEDRO. De cabo á rabo; y en su prueba, venga el billete de los venticinco duriños.
- CLARA. Vamos, veo que te vas despabilando: así me gusta, y por lo demás, nada tengo que añadirte.
- PEDRO. Claro!
- CLARA. Toma. (Le da el billete.) Ya sabes que es para el Pedro Jimenéz. Ah!... segun la señorita dijo, puedes tomar de cuatro á cinco botellas, y lo que te sobre del billete lo guardas por si otra vez ocurre.
- PEDRO. (Qué modo de obsequiarme! Pues me voy á poner bueno!) Conque cuatro ó cinco?
- CLARA. Sí, hombre, sí.
- PEDRO. Muchas son así de pronto; pero en fin...
- CLARA. Qué tonterías dices! No alcanzo...
- PEDRO. Ah! pero yo me entiendo y bailu soltu.
- CLARA. Ya sabes que ha de ser ántes de las once.
- PEDRO. Non se me olvida.
- CLARA. Pues adios. Cuidado con decir nada al señorito...

PEDRO. Qué cosas tienes!... Mámome yo el dedu?

(Sale Clara por la primera puerta lateral derecha, y al mismo tiempo entra D. Domingo por el fondo trayendo un libro en la mano. Siéntase á la mesa y lee. Pedro se pone á limpiar algunos objetos del aparador, como vasos, etc.)

ESCENA XIII.

PEDRO, D. DOMINGO.

PEDRO. (Dáme lástima! Y no es mal mozu; pero tendrá diez años más que yo. Sí, él ya rayará en los treinta y tres: en esa parte yo llevo la ventaja.)

DOMINGO. (Todo el cuadro sintomático que aquí expone el autor se representa al pie de la letra en mi mujer.)

PEDRO. (Pero él es un hombre de talentu, que dicen que tiene un picu de oro para hablar, y yo soy un pedazu de carne bautizada; él es de los que mandan, está metido con todus los del Gobierno, y da destinos, y yo non soy más que un lacayu. ¡Qué caprichos tan particulares les dan á las señoras!)

DOMINGO. (Justo! ardores en el epigastrio, dolores en el hipocondrio, irritabilidad y tension nerviosa extraordinarias; no pocas veces perturbacion mental, y de aquí los caprichos más excéntricos, el mal humor, la repulsion hácia los objetos más queridos... ¡Pobre Pura!)

PEDRO. (Cada momento que pasa estoy más asustadu. La verdad es que si se llegase á enterar el señoritu!...)

DOMINGO. (Otro que fuese lego en medicina, no se sabría explicar ciertas rarezas... La repugnancia que por mí siente mi mujer algunas veces la interpretaría de otro modo, y ¿quién sabe los disgustos que se podían originar?)

PEDRO. (Vamos á cuentas, Perico... Perico, vamos á cuentas... ¿Quién te conviene más el ama ú el amo?)

DOMINGO. (Por fortuna este estado pasará pronto.)

PEDRO. (Nada; decídome por el señoritu: quiero ser hombre de bien: viéneme de casta. Eso de deshorrar á una familia... honrada, non se ha hechu para el hijo de mi padre.

El señorito es de los que mangonean en el Gobierno y puede darme un buen destino, mientras que á la señorita, díjolo ella misma, se le pasará el caprichu. Voy á confesarlu todo. Al pronto se incomodará; pero no podrá ménos de quedarme agradecido. ¿Cómo empezaré?)
—Señoritu!...

DOMINGO. Ah!... estabas ahí? Ni siquiera había reparado... Qué quieres?

PEDRO. Nada.

DOMINGO. Entónces...

PEDRO. Es decir, quería hablar con usía, peru...

DOMINGO. Pero qué?... acaba, que tengo pocas ganas de conversacion.

PEDRO. Desde que entró lo conocí, y por eso...

DOMINGO. Ah! por eso me estás entreteniendo neciamente...

PEDRO. Ay! non señor! Es que non sé cómo decirle que si usía no ha reparado en mí, ya ha habido otra persona que lo ha hecho.

DOMINGO. Otra persona?... (Y pronunciado esto con ese retintin? ¿Qué querrá decir este animal!...) ¡Ah! vamos, es que Clara, la criada, se ha enamorado de tí y vienes á colorar tu honestidad bajo mi proteccion?

PEDRO. Ah! non señor. Pico más alto.

DOMINGO. ¿Más alto!...

PEDRO. ¡Pues!... el sino de las criaturas!... Pero yo no he pues tu nada de mi parte... y ella tampoco tiene la culpa, ¡es el demu que nos tienta! En fin, ¡caprichus de señoras! ¿No hay algunas á quienes se les antoja comer tierra?... (Mientras D. Domingo oye lo anterior reflejará en su semblante, ya la duda, ya el asombro, la cólera y la amenaza.)

DOMINGO. ¿Pero estás borracho, estúpido! Ve que tu vida depende de tus palabras!

PEDRO. ¡Ay! Dios mio! Señoritu! Non me mire así, que entónces non lu digu.

DOMINGO. ¡Habla! habla!... ó te arrancaré la lengua.

PEDRO. Pero si no ha pasadu nada en todavía.

DOMINGO. Quién es esa señora?

- PEDRO. Pues... el ama.
- DOMINGO. Ah!... el ama de llaves que ajustamos dias pasados!... Eso es otra cosa.
- PEDRO. Ay! non señor; sientu decirlu, el ama de esta casa... la señorita.
- DOMINGO. ¡Qué has dicho, canalla!!! (Se lanza furioso contra él, y Pedro lo sortea alrededor de la mesa-comedor.)
- PEDRO. Señor! Soy inocente! Deje usía que me explique ó pido auxilio! Tengo pruebas...
- DOMINGO. Silencio! miserable! Qué pruebas son esas? (Dejando de perseguirlo.)
- PEDRO. Lo confesaré todú! Y si miento que me caiga muertu de repente!
- DOMINGO. ¡Habla!
- PEDRO. Yo no he pretendidu nada, fué al contrario... (D. Domingo le acomete otra vez, y Pedro lo evita del mismo modo.) ¡Señor! Así non nos entenderemus!
- DOMINGO. Es verdad... concluye. . Tú no fuiste? luego ella?...
- PEDRO. Ella no me habló á mí derechamente... se valió de Clara
- DOMINGO. Ah! y yo que la creía tan fiel!... Cuenta... cuenta.
- PEDRO. Clara fué la que por mandado del ama me confesó que á la señora... se le había antojado... en fin...
- DOMINGO. No sé cómo me contengo!... Pero animal!... ¿no conoces que habrá querido reirse á tu costa, viéndote tan estúpido? Ya decía yo!
- PEDRO. Ah! non señor! Cuando la señorita le habló á Clara de la cosa, que fué en este mismo sitio, estaba yo escondidu en la dispensa y, sin pensarlú ni quererlu, todú lo escuché.
- DOMINGO. Y por qué estabas tú en la dispensa?
- PEDRO. Ah! señor! en estú sí que confiesu mi delitu!... Entré á comerme unos dulces de la bandeja, y me los cumí, ¡sí señor! me los cumí, y mientras estú, se pusieron á hablar las dos, sin saber que yo allí estaba.
- DOMINGO. Sigue... ¿y qué le dijo á Clara la señora?
- PEDRO. Usía me perdone; pero non es para contadu...
- DOMINGO. Si no me lo refieres todo sin omitir ni una sílaba, te

mato como á un perro.

PEDRO. Dios me haya perdonadu! Voy á ser claru... Pues dijo que estaba fuertemente encaprichada por Pedro Jimenez: bien lo oí; lo repitió más de tres veces: que si non lo tenía esta misma noche, sería capaz de ir á buscarlu: que á las once estuviese debaju de su cama: que usía tenía el sueño muy pesadu; y por último que Clara me diera este billete de veinticinco duros para que tomase unas botellas, como me lo dió despues, cuando me habló ella sola. (D. Domingo toma el billete y lo examina.)

DOMINGO. Pero, Dios mio! Estoy soñando? ¡Á tales extremos se rebaja mi mujer? (Examina el billete.) Este billete es de los que me dió firmados mi agente de Bolsa, cuando me vendió hace tres dias el papel! Oh! Este reclama una venganza horrible! Pero es forzoso ántes de castigar, que al criminal se le pruebe su delito, ¡y se le probará! ¡Pedro!... Estoy satisfecho de tu lealtad! Eres un hombre de bien!

PEDRO. (Non decía yo? Ahora me hace portero mayor de un menisterio.)

DOMINGO. Oye, si ejecutas al pié de la letra lo que te voy á mandar, te recompensaré; si faltas en lo más mínimo te levanto la tapa de los sesos.

PEDRO. Qué debu hacer?

DOMINGO. Silencio con todo el mundo; como si nada me hubieras dicho. Haz todo lo que Clara te ha encargado.

PEDRO. Todu, señor?...

DOMINGO. Asiste á la hora de la cita y lleva contigo este billete. (Se lo da.)

PEDRO. Está muy bien. Pero non diga usía que yo me he *berreadu*. Haga como que me sorprende, y non sea riguroso.

DOMINGO. Ya sé lo que debo hacer. Vete. Acuérdate bien; ó una buena recompensa, ó levantarte la tapa de los sesos.

PEDRO. Lo primeru. (Sale por el fondo.)

ESCENA XIV.

D. DOMINGO.

Creo que me voy á volver loco! Oh! Lo que es de esta clase de caprichos no tratan los autores! Estos caprichos son criminales, son livianos! La razon, la conciencia y el deber están por encima de todos los antojos. La fortuna es que ha dado con ese pobre chico, inesperto y sin malicia! Sin embargo, la catástrofe es inevitable! Morirá Pura, morirá Clara, morirá Pedro, y tambien yo moriré! ;Qué importa que no esté consumada mi deshonra, si ha habido la intencion de deshonrarme? Pero... Pura viene aquí, disimulemos; exploraré su faz; primero el convencimiento moral; despues la prueba del delito y su escarmiento. (Se sienta á la mesa y coge el libro.)

ESCENA XV.

D. DOMINGO, PURA. Entra por la primera puerta lateral derecha.

PURA. Qué lees con tanto ahinco?

DOMINGO. Nada... (Su voz es firme.)

PURA. Á ver, á ver. Toma! Si es un libro de medicina! Para qué lees tú esas cosas? Ah! ya caigo; para ser mi médico, si es necesario! Eres muy bueno. (Echándole el brazo por los hombros.)

DOMINGO. (La misma táctica de todas!... Siempre el engaño envuelto con el halago!) (Sigue leyendo.)

PURA. Déjate de lecturas fastidiosas.

DOMINGO. (La mirada es tranquila.)

PURA. Pero hombre, qué te pasa? No me atiendes. Estás ensimismado.

DOMINGO. Aprension tuya.

PURA. Tienes aspecto de traidor de melodrama.

DOMINGO. (Hasta se permite bromitas!... La mujer es pérdida como la onda... ha dicho Shakespeare.)

PURA. Si continúas así voy á acostarme.

DOMINGO. (¡Ya pareció aquello!)

PURA. Te pasa algo? Estás malo? Te se ha cargado la cabeza?

DOMINGO. No, todavía no; pero se me cargará si me preguntas tanto.

PURA. No te incomodes, Dominguito; esta noche que estoy más contenta que otras veces, no me aburras. Trae algun libro bonito y léeme algo; alguna de esas novelas de mucho efecto.

DOMINGO. (Veamos el qué le hace esta descarga.) Quieres que te lea *La mujer adúltera*? (Diciéndolo con una entonacion particular.)

PURA. Pero hombre, si la sé ya de memoria.

DOMINGO. (Estallando.) Ah! ¡Señora!...

PURA. ¡Señora?...

DOMINGO. (Me vende la indignacion; tengamos calma.)

PURA. ¡Señora?... Y dicho con esa entonacion, ¡qué significa esto?...

DOMINGO. (Y no se desconcierta! ¡Es mucha mujer la mia!) Nada, que las señoras no deben leer novelas de esta especie.

PURA. Pero hombre, si tú mismo me la recomendaste como moral y bella.

DOMINGO. Sí?...

PURA. Sí.

DOMINGO. Entónces... no he dicho nada. (En el estado en que se encuentra sería cometer un doble parricidio.)

PURA. Sabes que estás muy gracioso?

DOMINGO. Oh, sí, mucho!...

PURA. Pero es el caso que yo no estoy para bromitas.

DOMINGO. Pues yo sí... y que cuando estoy de broma las suelo dar algo pesadas!

PURA. Oye, esta noche no tomarás café?

DOMINGO. Por qué?

PURA. Porque te puede desvelar.

DOMINGO. Ah! quieres que duerma como un tronco?

PURA. Como un tronco no, como un justo.

DOMINGO. Justo! para que no sienta nada!

- PURA. Precisamente; como suelo pasar las noches tan inquieta, no quiero molestarte.
- DOMINGO. (Finjamos.) Pues bien, no tomaré café.
- PURA. Así me gustas, obediente y manso.
- DOMINGO. Manso?
- PURA. Sumiso, dócil, amable; eso es lo que significa manso.
- DOMINGO. ¡Y otra cosa!
- PURA. Vaya, vaya, tú estás esta noche no sé cómo... (Empiezan á dar las once en un reloj de pared.)
- DOMINGO. (Las once! Ya estará Pedro en su sitio!)
- PURA. Qué hora es la que está dando?
- DOMINGO. Ah! no lo sabes?
- PURA. Claro! Cuando lo pregunto...
- DOMINGO. Pues son... ¡las once!... Estás?... ¡las once!
- PURA. Sí, hombre, estoy... ¡Las once! (Remedándole.) Y qué quieres decir con eso?
- DOMINGO. Nada, que son las once.
- PURA. Pero como tomas ese tono declamatorio para una cosa tan sencilla...
- DOMINGO. Cada uno toma el tono que le conviene.
- PURA. Pues lo que yo voy á tomar ahora mismo es la cama por no irte. (Se dirige resueltamente á la primera puerta lateral izquierda.)
- DOMINGO. ¡Adónde va usted, señora? (Cogiéndola bruscamente de un brazo y deteniéndola.)
- PURA. ¡Cómo! Te atreves á emplear conmigo la violencia?
- DOMINGO. Basta de fiugimiento! Lo sé todo!
- PURA. Lo que yo sé es que conmigo se porta usted como un villano, y que me ha puesto la mano encima!
- DOMINGO. Y yo sé que usted está tramando mi deshonra!
- PURA. ¿Su deshonra!!
- DOMINGO. ¿Qué es lo que esconde usted debajo de su cama?
- PURA. Ah!... ¿Lo has descubierto?
- DOMINGO. Sí señora! Todas las faltas se descubren! Tiene usted allí á Pedro Jimenez!
- PURA. Ay! Es verdad, Dominguito mio! Perdóname este nuevo antojo!

- DOMINGO. ¡Que la perdone!...
- PURA. Es una falta; es hasta si se quiere un vicio feo.
- DOMINGO. Feo? ¡Horrible! Señora! Horrible!
- PURA. Pero en medio de todo es disculpable.
- DOMINGO. Disculpable!!
- PURA. Nunca hasta ahora había tenido tal capricho.
- DOMINGO. Basta con que una vez se tenga!
- PURA. Es que, pasando estas circunstancias, ya no volveré á probarlo.
- DOMINGO. ¡Podía usted seguir!!!...
- PURA. Es que hasta me dará asco.
- DOMINGO. Á buena hora! ¡Si no miráa que puedo cometer un doble crimen, con mis propias manos la ahogaría!
- PURA. ¡Qué barbaridad! Comprendo que te incomodes; pero no es la cosa para tanto!
- DOMINGO. Ah!... Conque no?...
- PURA. Hombre, si esa falta fuese habitual en mí, ya era otra cosa; pero por unas cuantas veces...
- DOMINGO. ¡Unas cuantas veces?... Qué es lo que has dicho?... Conque ese miserable me engañaba? Conque lo que ha pasado aquí es que ha querido remediar el mal despues de estar ya hecho? Oh! morirá, sí! Morirá juntamente contigo y con tu cómplice! Con Clara, con esa encubridora hipócrita, que te ha servido de tercera!!
- PURA. ¡Pero estás loco?
- DOMINGO. ¡Pedro Jimenez! ¡Sal!... (Dirigiéndose primero todo desalentado á la primera puerta lateral izquierda, y luego á la primera de la derecha.)—¡Clara! ¡Ven aquí! (Así que entran el uno y la otra, que es inmediatamente, D. Domingo cierra con llave la puerta por donde entró Clara y la del fondo. Entra precipitadamente por la que salió Pedro, y vuelve á escena trayendo un revolver en la mano.)

ESCENA XVI.

PURA, PEDRO, CLARA.

CLARA. Qué le pasa al señorito?

PURA. Perico, ¿te llamas tú Pedro Jimenez?

PEDRO. Desde que nació.

PURA. Qué casualidad!...

PEDRO. Non es por casualidad, es por ser el nombre de mi padre.

ESCENA XVIII Y ÚLTIMA.

DICHOS y D. DOMINGO, revolver en mano.

DOMINGO. Encomendaos á Dios!

PEDRO. ¡Demoniu!

CLARA. Pero señorito!...

PURA. ¡Domingo!

DOMINGO. Saca el billete.

PEDRO. Aquí está. Repitu que yo non tengo culpa...

DOMINGO. Conoces este billete? (Á Pura.)

PURA. ¡Ya lo creo! Es de los que firmó Martínez: hace poco lo saqué de tu pupitre.

DOMINGO. (Desconcierta su serenidad.)—¡Clara! Vas á comparecer ante Dios!

CLARA. Ay! Dios mio! Pues yo qué he hecho?

DOMINGO. Confiesa! Arrepiéntete, y quizás Dios te perdone! ¿Qué comision te ha dado la señorita para Pedro Jimenez?

CLARA. Para el vino?

DOMINGO. Qué vino ni qué demonio! Para éste, para mi lacayo.

CLARA. Pues nada, que me dijo que sin que usted se enterára, le encargase á éste que le trajera tres ó cuatro botellas de *Pedro Jimenez*; para ello me dió un billete de veinticinco duros, el cual yo le entregué. No es verdad, tú? (Pedro afirma bajando la cabeza.) La señorita, desde hace dos ó tres días, venía tomando ese vino por las noches y para la presente no tenía. Ah! tambien encargó que dicho vino se pusiese donde tenía el otro, esto es, debajo de la cabecera de su cama.

PEDRO. (Paréceme que va á haber palus!) Voto al demu! Conque hay un vino que se llama Pedro Jimenez como yo?

DOMINGO. Y no haber caído en él!

CLARA. Á quién se le ocurre llamarse como un vino?

DOMINGO. Voy viendo claro...

PEDRO. Perdon, señoritus, perdon. Todo lo que yo le dije á usía que había escuchado desde la dispensa, creí que se decía por mí: yo non sabía que hubiese un vino que fuese mi tocaçu. Por lu demas mi intencion ha sido buena y merezco...

PURA. Mereces que te se eche de casa á puntapiés!

DOMINGO. Auto.—Como se pide. Pero ántes voy á cerciorarme de una cosa.

PURA. Dudas todavía?

DOMINGO. Para la prueba plena me falta un comprobante. Voy por él. (Entra un momento por la primera puerta lateral izquierda y sale con dos botellas en la mano.) Ah! Sólo Dios sabe cuánto me alegro de haber encontrado el comprobante! (Á Pedro, metiéndole las botellas por los ojos.) ¡Míralo, animal, y márchate!...

PEDRO. ;Quién había de pensarlo?... Quedarme sin colocacion, y por haber queridu hacer una obra buena... limpiar-me el comederu!...

DOMINGO. Es que tu comedero debía ser un pesebre.

PEDRO. Creo lu mismo.

DOMINGO. Toma, porque á pesar de tu barbarie me das lástima. (Le da el billete.)

PEDRO. Gracias por todo y perdonar. (Marchándose y volviendo.— Al público.)

Ah!... Señores, me iba

sin despedirme,

sin saber si el juguete

sirve ó no sirve.

Si no hay aplausos,

va á ser *Pedro Jimenez*

un vino... aguado.

(Telon.)

FIN.

PUNTOS DE VENTA.

MADRID.

En la librería de los Sres. *Viuda é Hijos de Cuesta*, calle de Carretas, núm. 9.

PROVINCIAS.

En casa de los corresponsales de la Galería **EL TEATRO**.